

Lea



Modernos y Clásicos de El Aleph

Pascal Mercier

Lea

Traducción de José Aníbal Campos



El Aleph Editores

La traducción de esta obra recibió una ayuda de la fundación Pro-Helvetia

swiss arts council

prohelvetia

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original alemán: *Lea*

© Carl Hanser Verlag München Wien, 2007

Esta obra fue originalmente publicada en Alemania
por Carl Hanser Verlag

Primera edición: enero de 2009

© de la traducción: José Aníbal Campos, 2009

© de esta edición: Grup Editorial 62, S. L. U.

El Aleph Editores,

Peu de la Creu, 4, 08001 Barcelona

correu@grup62.com

www.grup62.com

Fotocompuesto en Víctor Igual, S. L.

Impreso en Reinbook, S. L.

Depósito legal: B. 46.670-2008

ISBN: 978-84-7669-850-1

Arrojamos las sombras de nuestros
sentimientos sobre los otros,
y ellos las suyas sobre nosotros.

A veces amenazan con asfixiarnos,
pero sin ellas no habría luz
en nuestra vida.

ANTIGUO EPITAFIO ARMENIO

I

Nos encontramos una clara y ventosa mañana en Provenza. Yo estaba sentado delante de un café en Saint-Rémy, contemplando los troncos de los plátanos bajo la luz pálida. El camarero que me había traído el café estaba de pie en la puerta. Con su gastado chaleco rojo, parecía como si hubiese sido camarero toda la vida. De vez en cuando, daba una calada a su cigarrillo. En una ocasión, saludó a una chica que estaba sentada de través en el asiento trasero de una Vespa, como en una vieja película de mis tiempos de escolar. Cuando la Vespa hubo desaparecido, la sonrisa perduró todavía un rato más en su rostro. Pensé en la clínica, en la que seguían trabajando sin mí desde hacía tres semanas. Luego volví a mirar al camarero. Ahora su rostro tenía una expresión reservada y su mirada parecía vacía. Me pregunté cómo sería vivir su vida en lugar de la mía.

Martijn van Vliet fue primeramente una cabellera canosa dentro de un Peugeot rojo con matrícula de Berna. Intentaba aparcar y lo hizo de una manera bastante torpe, a pesar de que había sitio suficiente. La inseguridad a la hora de aparcar no encajaba de ninguna manera con el hombre alto que se bajó a continuación, se abrió camino con paso seguro en medio del tráfico y se acercó al café. Me observó de refilón con una mirada escéptica de sus ojos oscuros y entró.

«Tom Courtenay —pensé—, Tom Courtenay en la película *La soledad del corredor de fondo*». Ese hombre me lo recordaba. Sin embargo, no había mucho parecido. Sólo se parecían en la mirada y en la manera de andar, en la forma en la que parecían estar en el mundo y consigo mismos. El director de la universidad detesta a Tom Courtenay, el joven larguirucho de sonrisa tímida, pero lo necesita para ganar contra la otra universidad con su nuevo corredor estrella. Por eso se le permite correr durante el horario de clases. El chico corre y corre a través del colorido follaje del otoño, la cámara enfoca el rostro con su sonrisa feliz. Entonces llega el día, Tom Courtenay los supera a todos, su rival parece paralizado, Courtenay entra en la recta final; se ve entonces un primer plano del director con su cara obesa, radiante por el triunfo anticipado, faltan cien metros para la meta, cincuenta, y entonces Courtenay aminora el ritmo de un modo provocador, frena, se detiene; la incredulidad se refleja en el rostro del director, que en ese momento reconoce cuál es el propósito del joven; lo tiene en su mano, ésa es su venganza por todas las humillaciones; Courtenay se sienta en la tierra, estira las piernas que podían haber seguido corriendo mucho más, el rival cruza la meta, y el rostro de Courtenay se desfigura en una irónica sonrisa de triunfo. No me cansaba de ver ese rostro en la función de mediodía, por las tardes y por las noches, y los sábados en la última función.

«Una sonrisa como ésa también podría reflejarse en el rostro de este hombre», pensé cuando Van Vliet salió y se sentó en la mesa de al lado. Se metió un cigarrillo entre los labios y, con la mano, protegió del viento la llama del mechero. Contuvo durante mucho tiempo el humo en los pulmones. Al soltarlo, me lanzó una mirada y yo me sentí perplejo ante la manera dulce con la que podían mirar esos ojos.

—Froid —dijo y se cerró la chaqueta—. Le vent. —Lo dijo con el mismo acento con el que lo hubiese dicho yo.

—Sí —le dije en dialecto bernés—; no lo había esperado aquí. Ni siquiera en enero.

Algo en su mirada cambió. No era una sorpresa agradable encontrarse aquí con un suizo. Me sentí como un pesado.

—Qué va —dijo el hombre, también en el dialecto de Berna—. Es así muy a menudo —dijo y recorrió la calle con la mirada—. No veo ninguna matrícula suiza.

—Tengo un coche de alquiler —le dije—. Mañana regreso a Berna en tren.

El camarero le trajo un Pernod. Durante un rato, ninguno de los dos dijo nada. En eso pasó la ruidosa Vespa con la chica sentada en el asiento trasero. El camarero saludó.

Puse el dinero del café encima de la mesa y me dispuse a partir.

—Yo también regreso mañana —dijo entonces Van Vliet—. Podríamos viajar juntos.

Era lo último que hubiese esperado. Él se dio cuenta.

—Es sólo una idea —dijo el hombre, y en ese instante una sonrisa particularmente triste, una sonrisa que suplicaba perdón, apareció en sus facciones; era de nuevo el hombre que había aparcado tan torpemente. Antes de quedarme dormido pensé que Tom Courtenay también podía sonreír de ese modo, y en el sueño, de hecho, lo hacía. Se acercaba con los labios a la boca de una muchacha que se apartaba hacia atrás, asustada. «Just an idea, you know —decía Courtenay—, and not much of an idea, either».

—Pues sí, ¿por qué no? —dije entonces.

Van Vliet llamó al camarero y pidió dos Pernod. Yo hice un gesto de rechazo. Un cirujano nunca bebe por las

mañanas, ni siquiera después de haber dejado de ejercer. Me senté a su mesa.

—Van Vliet —dijo él—. Martijn van Vliet.

Le estreché la mano.

—Herzog, Adrian Herzog.

Había estado aquí durante dos días, me dijo, y después de una pausa en la que su rostro pareció volverse más viejo y oscuro, añadió:

—Como recuerdo de... antaño.

En algún momento de nuestro viaje me contaría su historia. Sería una historia triste, una historia que dolía. Tuve la sensación de no estar a su altura. Tenía bastante ya conmigo mismo.

Contemplé la avenida de plátanos que conducía fuera del lugar y observé los colores suaves y opacos de la Provenza invernal. Había venido hasta aquí para visitar a mi hija, que trabajaba en una clínica de Avignon. Mi hija, que ya no me necesitaba, que hacía mucho tiempo no me necesitaba. «¿Que lo dejaste antes de tiempo? ¿Tú?», me había dicho. Tuve la esperanza de que quisiera saber más cosas. Pero entonces llegó el chico de la escuela, Leslie se enfadó por la tardanza de la canguro, porque tenía guardia esa noche, y a continuación nos vimos en la calle como dos personas que se habían tropezado sin encontrarse.

Ella se daba cuenta de que me sentía decepcionado. «Iré a visitarte —me dijo—. ¡Ahora tendrás tiempo!». Ambos sabíamos que no lo haría. No había estado en Berna durante muchos años y no sabe cómo vivo. En realidad, mi hija y yo sabemos muy poco la una del otro.

Había alquilado un coche en la estación de Avignon y había partido sin rumbo, recorriendo durante tres días estrechas carreteras, pasando la noche en hosterías rurales, medio día en el golfo de Aigues-Mortes, ingiriendo siempre sándwich y café, y leyendo por las noches a Somerset

Maugham bajo una luz crepuscular. A veces podía olvidar al niño que había aparecido entonces de repente frente al coche, pero nunca por más de medio día. Me despertaba asustado, ya que el sudor provocado por el miedo me corría por los ojos y me sentía amenazado de morir asfixiado tras la mascarilla de protección.

—Hazlo tú, Paul —le había dicho al médico jefe al tiempo que le entregaba el escalpelo.

Mientras viajaba ahora a paso de marcha a través de los pueblos, contento cuando llegaba a un tramo abierto, veía a veces los ojos claros de Paul sobre el protector de la boca, con la mirada incrédula, desconcertada.

Yo no quería oír la historia de Martijn van Vliet.

—Quiero llegar hoy a Camargue, a Saintes-Maries-de-la-Mer —me dijo en ese momento.

Yo lo miré. Si vacilaba un poco más, su mirada se endurecería como la de Tom Courtenay cuando se hallaba parado frente al director.

—Iré con usted —dije.

Cuando partimos, el viento había cesado, y detrás del parabrisas hacía calor. «La Camargue, c'est le bout du monde —dijo Van Vliet cuando doblamos hacia el sur, después de pasar Arles—. Eso solía decir Cécile, mi mujer».